

donde habia dado vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos y vida á los muertos, y caia casi sin sentido sobre los brazos de Juan y de las piadosas mujeres que vertian las mas copiosas y amargas lágrimas!..

Basta, hermanos míos; apartemos nuestra vista de ese cuadro aterrador que jamás podremos pintar con vivos colores. Compadezcamos cual debemos á esa Reina Soberana que tanto sufrió por nosotros, y que tan grandes y admirables lecciones de todas las virtudes nos da en la montaña santa. Aprendamos de ella á practicar la fé, la esperanza, y esa caridad ardiente que le hacia sufrir no solo con resignacion, sino aun con gozo, en su deseo de que la humanidad fuese rescatada.

¡Ah, señores! Yo contemplo á María en el Calvario: fijo mi vista en esa heroica Virgen y al contemplarla tan inmediata al Cordero inmaculado que se sacrificara por nosotros, veo en ella el iris de paz, anuncio de las divinas bondades. Apareciendo á los ojos del hombre y á los ojos de Dios, se presenta como el signo de la paz, de la misericordia y de la gracia.

¿Veis, señores, á María lívida como la muerte, su cabeza ceñida con una diadema de tribulacion, su corazon traspasado con una agudísima espada de dolor? Pues ved su caridad, el grande amor que nos profesa. Como ya es nuestra Madre, nos llama á sí diciendo: «Venid á mí los que me amais y saciaos de mis frutos (1)» Y nos llama ¿para qué? Ya nos lo dice; para que nos saciemos de sus frutos. Jesus es el fruto bendito de su vientre: quiere, pues, que por ella lleguemos

(1) Eccli. cap. XXIV, v. 26.

á Jesus y nos aprovechemos del fruto de la Redencion.

Paréceme que al oír esto sale del corazon de muchos de vosotros un suspiro de dolor: creo oiros decir: ¿Cómo hemos de llegar á Jesus, despues que tanto le hemos ofendido? ¡Ah! Que si hablais de ese modo es que no conoceis á María: que ignorais su amor, su bondad, su misericordia. ¿Sabeis cuál es el mayor de los pecados? No es otro que la desesperacion: pues bien, María es no solamente el único refugio del misero mortal (1), no es solamente el consuelo de los aflijidos, el faro luminoso del que navega por el proceloso mar de este mundo, sino á mas la única esperanza de los desesperados (2). ¿Habeis estado tal vez á punto de caer en la desesperacion? Pues bien: llamad á María: invocadla con el título de Madre, y en el momento ella se presentará ante el acatamiento de su divino Hijo y le dirá: me habeis prometido otorgarme cuanto os pida: dadme, pues, el alma de ese hijo mio. Soy su Madre y no puedo sufrir que se condene. O perdonadle, ó quitadme el título de Madre suya que me disteis en el Calvario. A estas súplicas Dios detendrá el brazo de su justicia, os perdonará y os salvareis. ¡Oh cuán buena es esta Madre! Que vuestra devocion esté adornada con vuestras lágrimas, que ella llorará con vosotros, pedirá en vuestra compañía, será intérprete de vuestras súplicas, y descenderá sobre vosotros su divina misericordia. ¡Cuántas veces hemos pecado, y tal vez no hemos muerto y experimentado el eterno castigo por nuestra devocion á esa Madre dolorosa! Amémosla y seremos felices. Vamos ya á ocuparnos del punto propuesto para la segunda parte.

(1) S. Ephrem de Laud. Deip.

(2) Unica spes desperantium. (Ibid. ibid.)
Tomo V.

SEGUNDA PARTE.

Habiendo ya demostrado en el discurso anterior la necesidad de una Iglesia que enseñe, y probado que la única iglesia verdadera es la de Jesucristo, cúmplenos hoy, según lo hemos ofrecido, hablar de la constitución y gerarquía de la Iglesia.

No fundó, señores, Jesucristo su Iglesia para determinados hombres: figurada en el arca de Noé, dentro de la cual encontraron su salvación los individuos de la familia de aquel Patriarca, cuando un diluvio universal hiciera perecer á toda carne, se presentó al mundo con los brazos abiertos dispuesta á recibir á toda clase de personas, ofreciendo hacer descansar á los que en ella se refugiaban, no en los altos montes de la Armenia, sino en la mansión de la eterna felicidad. Por esto Jesucristo, que murió por todos los hombres y que la salvación de todos desea, le dió el carácter de universalidad, encargando solemnemente á los Apóstoles que llevasen la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra: *Id y enseñad á todas las gentes* (1). No os sirvan de rémora las dificultades que encontréis, ni temáis á ninguna clase de peligros, pues *Yo estaré con vosotros*.

¿Y quiénes son los Apóstoles? ¿Quiénes son esos hombres destinados á cumplir una misión sublime, que han de hablar en todos los idiomas, que han de luchar con mil preocupaciones, que, en suma, han de hacer mudar de aspecto el universo? No creáis que los buscó Jesucristo en las academias de

(1) Math. cap. IV, v. 19.

los sábios, ni que los entresacó del Pórtico ni del Liceo. No era la ciencia humana la que había de hacer tales prodigios. Eran unos hombres toscos, sin instrucción de ninguna clase, pescadores de oficio á los que el Salvador dijera: *seguidme y seréis pescadores de hombres* (1).

Pero estos hombres que se habían de estender por diversos pueblos y naciones, fundando diversas cristiandades, era menester que se conservasen unidos en una sola é igual doctrina, lo que había de ser el elemento de la universalidad de la Iglesia. Para esto el Apostolado necesitaba una cabeza, un jefe á quien estar subordinado y sumiso. ¿No es verdad que este es un pensamiento gigantesco? Un jefe que gobierne y rija á hombres que se alejan unos de otros multitud de leguas, parece á primera vista una quimera. Estendiéndose el Cristianismo, será posible que contra este hombre, cabeza de aquella nueva sociedad, se conjuren todos los príncipes y poderes de la tierra. Ved la diferencia que existe entre las obras de Dios y las obras de los hombres. *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, dijo el Salvador al Apóstol que había elegido para jefe y cabeza de todo el apostolado. Y en seguida de la constitución de la gerarquía, añade la promesa: *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. A la hora, señores, en que yo repito las palabras del Salvador, han transcurrido cerca de diez y nueve siglos que fueron pronunciadas, durante los cuales la Iglesia ha visto levantarse contra ella las más sangrientas persecuciones, cismas, herejías, reyes y repúblicas. Concluyamos con el jefe

(1) Math. cap. XXVIII, v. 19.

del catolicismo, han dicho los que en su loco orgullo pretendieron conculcar la obra de Dios, y Pedro en sus sucesores ha visto hundirse los mas poderosos imperios, mientras él desde su silla dicta leyes que son respetadas y veneradas en todos los extremos del mundo. Hé aquí la gerarquía de esta sociedad que llamamos Iglesia. El Soberano Pontífice, que es á quien confió el Salvador el cuidado de la ovejas que habia redimido con su preciosa sangre, y el de sus corderos, recibe de él una supremacía no solo de honor sino tambien de jurisdiccion: la Iglesia necesitaba un Pastor supremo, y Pedro fué declarado Soberano Pontífice, encargándosele no solamente el cuidado de las ovejas, sino de los mismos pastores. La Iglesia, pues, que tiene una cabeza, necesita tambien poder. Y no es ciertamente el poder de la fuerza, el de las armas el que se le concede, sino el poder de su mismo espíritu, el poder de la persuasion.

Fijémonos en un grande acontecimiento que tuvo lugar antes que los Apóstoles empezasen su mision de la predicacion evangélica. Reunidos se hallaban y entregados á la oracion, aguardando el cumplimiento de una promesa que les habia sido hecha: de repente sintieron un ruido como de un viento impetuoso que llenó toda la casa donde se hallaban reunidos: y sobre todos ellos aparecieron unas como lenguas de fuego. Desde aquellos momentos quedaron transformados: sus ideas se perfeccionaron, y los que antes fueran hombres rústicos sin conocimiento alguno de las ciencias, fueron llenos de sabiduría: no habia para ellos idioma desconocido, y estaban ya en actitud de luchar con los maestros de la ciencia humana. Como empezasen á hablar en todas las lenguas, cosa que no

pudo menos de maravillarse á los que les oian, uno de los mismos Apóstoles, llamado Pedro, se puso en pié y dijo á la multitud: *Varones de Judea, escuchad: no están ébrios los que os hablan, sino que se ha cumplido la palabra del Profeta: el espíritu de Dios se derramará sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños* (1). El espíritu de Dios habia descendido sobre los Apóstoles, y este espíritu habia de constituir el poder de la Iglesia, pero nunca la fuerza, jamás la persecucion. Jesucristo, que vino á dar la libertad al hombre rompiendo las cadenas de su ominosa esclavitud, no ha querido que sean atraídos á sí los hombres sino por la fuerza única de la persuasion. La verdad para hacer prosélitos, no necesita el hierro y la cadena.

En confirmacion de lo que acabamos de decir, abrid el Evangelio y vereis que cuando Jesucristo fué asaltado en el huerto por sus enemigos, capitaneados por el traidor Judas, uno de sus discípulos sacó la espada: pero en el instante oyó estas palabras de labios de su soberano Maestro: *Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que tomaren espada, á espada morirán* (2). Cuando envia á sus discípulos á predicar, les advierte que les envia como ovejas en medio de los lobos, encargándoles sean prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma (3). Podrá ser que los ministros de la religion salvadora de Jesucristo, sean en algunos pueblos objeto de la persecucion y de la mofa de los que se resisten á admitir

(1) Act. Apost. cap. II, v. 2 et seq.

(2) Math. cap. XXVI, v. 52.

(3) Ibid. cap. X, v. 15.

la verdad y viven contentos en las tinieblas de muerte. ¿Y qué deberá hacerse? ¿Usar de la fuerza de las armas? ¿Obligarles á que admitan las creencias que se les trata de enseñar? Jesucristo ha dado la solución á esta importantísima cuestión. El hombre está dotado de razón, sabe distinguir el bien del mal: en esto se distingue de los irracionales. ¿No quieren recibir á los que llenos de caridad entre ellos se presentan para evangelizarles y dirigirles por el camino de la rectitud á la salvación eterna? Oid lo que dice el Salvador á sus discípulos: sacudid el polvo de vuestros pies (1): abandonad aquel pueblo y dirigios á otro. Y ved, señores, demostrado cómo el poder que se ha dado á la Iglesia por su Fundador divino es el poder de la persuasión.

Yo el último entre los ministros de la divina palabra, he sido llamado entre vosotros para anunciaros la verdad en estos días. Vosotros rodeais esta sagrada cátedra y con la mayor atención escucháis mis palabras. Pues bien: yo os digo: No ois al hombre: ois á Dios que os habla por el órgano del hombre: el instrumento es débil, vale poco, no vale nada, pero la voz que á vosotros llega, vale mucho porque es la palabra de Dios, de Dios que os ama, de Dios que quiere vuestro bien, que desea vuestra salvación. La mayor parte de vosotros estais conmovidos: no quiero inferir agravio á ninguno: todos estais conmovidos y os felicitais porque creéis, porque teneis fé, porque sois miembros de la Iglesia de Jesucristo. ¿Habrá en el presente y numeroso auditorio alguno de esos hombres escépticos que no conocen la fé? Yo le conjuro por la

(1) Ibid. cap. XIX, v. 14.

salvación de su alma, por el reposo y tranquilidad de su conciencia á que haga un uso recto de la razón que por el Señor le ha sido concedida. ¿Duda de que está en la verdad estando en la Iglesia de Jesucristo? Examine las pruebas en que nos fundamos, lea la historia de diez y nueve siglos de grandes triunfos y victorias: vea esa universalidad de creencias que no puede existir en el protestantismo ni en ninguna otra secta, porque es un signo que solo puede llevarlo impreso la verdad. Con la persuasión, con la razón le llamamos, y no con la fuerza de las armas.

Habeis visto, señores, demostrado con la brevedad que exige el tiempo de que puedo disponer la constitución de la Iglesia y su gerarquía. Hoy, pues, que se renuevan contra el jefe del catolicismo, contra el Vicario de Jesucristo en la tierra, las persecuciones de los siglos anteriores, no os dejéis vosotros alucinar, por los que tratan de arrastraros á la perdición eterna. El que no está con Pedro no está con la Iglesia: el que no está con la Iglesia no está con Jesucristo y ninguno llega al Padre sino por el Hijo. Permaneced por lo tanto fieles á las creencias católicas: amad al Supremo Pontífice, venerad sus decisiones y rogad por él, á fin de que cesen las olas de la persecución que se levantan en estos calamitosos tiempos contra su cátedra sagrada é infalible. De este modo sereis verdaderos hijos de la Iglesia, de esta cariñosa Madre que os favorece con sus Sacramentos y en cuyos brazos tendreis la dicha de salir de esta vida mortal para entrar en la vida perdurable de la Gloria. *Amen.*